

Padre Romano Guardini

Jesucristo es "el Camino"

El Señor dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6). No se puede agotar la profundidad de estas palabras. Pero quizás el pensamiento que nos ocupa nos abra un buen acceso: "el Camino" es ese tránsito que se opera en el plano del ser. El Dios encarnado no sólo consume el paso sino que Él mismo lo es. E integra a ese tránsito a todo hombre que venga hacia Él con actitud de fe. Viviendo en Cristo, el creyente recorre "el Camino"; el único camino que cala hasta el ser, el único que conduce de este mundo cautivo en sí mismo hacia la libertad de la renovación en Dios.

De esta manera no se está aludiendo a algo mágico. No se trata de diluir la realidad ni de eludir los límites. Tampoco de vivencias misteriosas o manifestaciones extraordinarias, sino de algo muy real y verdadero. Tan verdadero como la misma Encarnación de Dios; tan real como ésta. No altera inmediatamente en nada las realidades de las cuales se compone la vida. Los talentos siguen siendo los mismos; la salud y la enfermedad, también. La familia, la posición social, las posesiones y la profesión quedan tal cual son. La vida cotidiana, el entorno en que se vive, con sus hombres y situaciones, sigue planteando las mismas tareas de siempre. Todo permanece en su realidad y, sin embargo, se abre la puerta. En Cristo se hace posible el tránsito hacia lo divino, la transformación que nos eleva hacia una realidad superior.

¿Cómo se lo podría describir? Cuando alguien vive con otras personas que le han sido asignadas pero a la vez piensa en Cristo, trata de entenderlo, habla con Él, entonces su trato con aquellos hombres será distinto. No se quiere decir que por ello obtenga un misterioso poder sobre esas personas, o que éstas en su cercanía dejen de tener los defectos que tienen. Quizás lo nuevo sea que esa persona vaya creciendo en paciencia, comprensión y bondad; que no se deje engañar fácilmente por la gente, sino que practique una especie de discernimiento de los espíritus en el área de lo esencial, más allá de que en las demás cosas parezca una persona poco diestra.

Sin embargo todo esto no expresa lo fundamental, precisamente porque lo fundamental no puede ser puesto en palabras. Ese hombre sencillamente se irá transformando en la medida en que se oriente hacia allí donde está Cristo... El creyente seguirá siendo en su trabajo cotidiano el mismo comerciante o empleado de correos o médico de siempre... Habrá de seguir cumpliendo las mismas tareas: la máquina que emplea no se hará más poderosa en su mano que en la mano de otro, ni un caso de enfermedad se le hará más sencillo que lo usual. Ahora bien, si lleva a cabo su trabajo y a la vez vive con Cristo, si realiza lo uno y lo otro, sin advertir ningún tipo de transiciones de lo uno a lo otro, entonces quiere decir que en esa manera de vivir suya está sucediendo algo especial. Aumentarán su seriedad y su capacidad de hacer las cosas a conciencia; ya no tendrá una falsa estimación

del trabajo y lo verá como lo que es realmente...

Lo mismo vale para las preocupaciones, dolores y crisis de la existencia. La materia de la vida seguirá siendo la misma y, sin embargo, habrá algo que se ha hecho distinto, pero que escapa a una definición por la palabra. Ese "algo" no podrá expresarse nunca con palabras. Sólo se pueden expresar las cosas de la existencia misma: que aquí se está sobrellevando una enfermedad, que allí se ha asumido una pérdida o bien se ha superado una enemistad... Y que en todos estos casos las cosas son diferentes cuando se las aborda en Cristo.

En los santos se pone de manifiesto con mayor claridad esta transformación que nos hace otros. Ellos consumaron en sus vidas, y de manera heroica, esa renovación. Así se lo percibe, naturalmente, recién cuando los contemplamos desde nuestro presente, ya que los hombres que vivieron, trabajaron y lucharon junto a ellos por lo común no notaron nada especial, incluso a menudo los experimentaron como piedra de escándalo. Pero al echar una mirada retrospectiva sobre sus vidas, podemos a menudo palpar lo que aconteció en ellas: cómo esos hombres se fueron elevando a partir de un primer esfuerzo personal. No porque hayan creado nuevas condiciones en torno de sí, o se transformaran en una nueva persona. La veracidad y la realidad de la existencia siguieron siendo las mismas; más aun, en su caso revistieron una especial vigencia e intensidad.

Nadie asume la realidad con tanta seriedad como el santo pues, en su peligroso camino, nutrir fantasías es algo que acarrea terribles e inexorables consecuencias. Recorrer el camino de la santidad significa para el hombre real desprenderse de sí mismo y entregarse al Dios real. Pero se trata de un desasimiento cabal, sin la pretensión velada de reencontrar al término del camino lo que se abandonó al iniciarlo. Desasimiento en la fe. No a través de "arrobamientos" o "iluminaciones", sino en Cristo. Santos son aquellos que ingresan en la existencia de Cristo, que asocian su vida a la vida del Señor, que se elevan de su humanidad a la divinidad del Salvador...

En estas personas reveladoras, contemplamos con mayor nitidez lo que también ocurre en nosotros mismos. De manera oculta, precaria, sujeta a continuos fracasos y quebrantamientos y, sin embargo, real. Ser cristiano sólo es posible por Cristo. Por Él, el hombre unido hipostáticamente a Dios; por Él, Camino esencial que lleva del mundo hacia Dios, se le hace posible al hijo de Dios, en virtud de la gracia, el paso hacia la redención.

Naturalmente hay que tener fe; y mantener en alto esa fe frente a las objeciones que eleva la propia precariedad; frente a las objeciones del mundo que también en esta área se encierra en sí mismo y pone en tela de juicio la fe. Porque si existen cristianos eso quiere decir que el mundo no tiene razón. En efecto, ese mundo que busca reafirmarse en sí mismo no puede tolerar que existan cristianos porque no puede tolerar que exista Cristo. Se debe creer en la posibilidad de ser cristiano más allá de las opiniones del mundo. En la medida en que se viva realmente esa fe y se le guarde firme fidelidad, se habrá "vencido" ya al mundo.

(Romano Guardini, El Señor, Ed. Lumen, Bs. As., 2003, Pág. 578-580)